

Amanecer en el mar...

Mircea Eliade

Traducción de Joaquín Garrigós

YA NO SE DIVISABA la orilla.

El timonel se había atado el cuerpo con las maromas del timón. Los otros dos cruzaban los brazos sobre los remos, bramando. Casi estaban de rodillas, con expresión dura, aullando como salvajes por el triunfo de los huesos. Procelosas olas agitaban la lancha y la espuma les dibujaba en el rostro un gesto de miedo. Tenían los ojos semicerrados. Gotas saladas saltaban de las olas y los cegaban. Y ellos inclinaban el cuerpo mientras tiraban de un remo de piedra, exhalando, entre dientes, un gemido sordo de dolor.

La tempestad impelía la barca hasta mar adentro. Bregar contra los torrentes de agua era empresa vana. Las olas se hinchaban, se oscurecían y se perseguían palpitantes unas a otras, empinaban sus cuerpos acuosos de cresta nevada, chocaban entre sí y rompían entre mugidos contra la lancha. Retorcían los remos y se acercaban de modo imperceptible a los flancos de la barca. Y los hombres las miraban azorados. Y no querían entender.

Todo había ocurrido más rápido que el pensamiento. Nubes cárdenas se congregaron encima de ellos, la luz del ocaso se apagó y un viento helado agitó las profundidades. Las olas se levantaban llenas de vida. Cada vez les costaba más a los remos atravesarlas. Por alguna parte, a lo lejos, oían el volteo de un oleaje furioso. El ruido navegaba por la mar impulsado por el viento y su monotonía constituía una esperanza para los del bote.

La lluvia, densa y helada, los mareaba. Remaban sin saber ni dónde estaban ni adónde iban. El viento le había dado un giro a la chalupa y la impulsaba hacia mar abierto. El timonel temblaba azotado por las olas. Y las gotas de oleaje y de lluvia flagelaban cruelmente los membrudos cuerpos.

La niebla había llegado de repente, todo estaba sumido en las tinieblas. Ya no veían nada, sólo olas empinadas e impetuosas pugnando desesperadamente por desatarse con furia salvaje. Sombras tenebrosas jugaban en torno a la lancha. A trechos, sentían una sacudida y un murmullo apagado que salía de las profundidades, y los lancheros se agarraban aterrados al palo de la lancha. El mástil silbaba de modo extraño, asustándolos. Durante mucho rato creyeron que sobre sus cabezas pasaban, corriendo en la oscuridad, aves de alas largas.

El timonel fue el primero en comprender que la boga era un tormento inútil y, con voz demudada, aconsejó a los dos hombres que metieran los remos dentro de la lancha y descansaran. Luego comprendió que tampoco servían de nada las maromas que sujetaban el timón. Lo levantó con cuidado y lo echó al fondo de la lancha.

La mar estaba revuelta y expandía aromas de algas verdes y arena salada. De vez en cuando sentían en la nariz el olor inconfundible de la putrefacción vagando por desiertos amargos de agua. Las olas tenían un resplandor raro, parecían millares de bujías verdes reflejándose en el mar. La chalupa flotaba solitaria con el mástil desnudo, esparciendo gotas de oro verde. Y los lancheros intentaban en balde comprender de dónde procedía la luz que caía entre las olas y por qué éstas no brillaban cuando la barca las hendía.

El viento amainaba. La lluvia había enmudecido. Pero las sombras corrían unas tras otras cada vez más plenas, las olas resplandecían, y terribles embates hacían saltar la lancha. El mástil se balanceaba inclinándose amenazador hacia el agua. Los ojos reflejaban aquellas extrañas bujías.



Y por encima de ellos, las tinieblas, el ave de alas largas, herida, con su silbido cada vez más apagado.

Los lancheros llevaban horas y horas sin poder pensar. El estallido de la tempestad les había trastornado el alma. Luego, la tensión de la boga los había dejado exhaustos. La desesperación los calmó. Los tres sabían que hasta que no saliese el sol no podrían esperar la salvación. Al principio, miraban temerosos la violencia de las aguas. Pero ellos no conocían al mar. Y por eso los espantaba mucho más el crujido del mástil que las olas. Las veían acercarse, veían cómo sus cuerpos, desde la oscuridad, iban cobrando claridad, cómo le hacían una horrible mueca a la criatura de madera y cómo se disipaban como la brasa atizada por el viento. En su fuero interno, las olas eran dragones sin alas ni dientes. No podían pasar por encima de la barca ni podían mover su cuerpo de madera. Conscientes de ello, se tranquilizaron en seguida. Y se pusieron a cubierto tapándose con la capa. El timonel se había quedado junto al timón, con la cabeza apoyada en el barril de agua. Lo sacudió y comprobó que quedaba muy poca. Y sonrió.

Nadie podía dormir. La chalupa daba saltos y se doblaba de costado hacia las olas. A ratos, el mástil crujía y los aterrorizaba. El mástil era su única esperanza. Pero también podía volcar la barca, impulsado por el viento. Y ninguno quería pensar en ello. Sus ojos miraban sin entender. Los atormentaba un único deseo: descansar. Cada uno buscaba dónde tumbarse al fondo de la embarcación. El agua que había entrado no les estorbaba. Y ateridos de frío daban reposo a los huesos.

De pronto, el mástil dio un quejumbroso chasquido, la lancha se inclinó sobre las olas y a ellos les dio un vuelco el corazón. Cayeron en la cuenta de que había que arrojarlo al mar cuanto antes. El timonel pasó junto a él tambaleándose. Los otros dos se afanaban en soltar las cuerdas. La lancha, de costado, con el tronco del mástil partido, se debatía asustadiza en la cresta de las olas. El palo largo, envuelto en velas húmedas, cayó. El timonel tuvo entonces una alucinación. Le dio la impresión de que los barqueros habían caído al agua y se los habían tragado las olas. Tuvo la impresión de oír voces apagadas, como salidas de la garganta de un ahogado. Por un momento, se estremeció.

Pero seguidamente vio las dos sombras de sus compañeros en la otra punta de la lancha y se tranquilizó.

*

Navegaban en medio de la noche. La chalupa, sin mástil, parecía una cosa rara. Los embates de las profundidades disminuían su intensidad. Pero el cielo aún estaba oscuro y la mar embravecida.

El timonel trató de dormir con la cabeza apoyada en el barrilete de agua. Pero lo atormentaba la alucinación. Pensaba que el agua estaba helada y que la ola era amarga. Estaba temblando. ¿Por qué no hablaban sus compañeros? Lo asfixiaba ese prolongado silencio. Y, estremeciéndose de oír su propia voz, dijo:

—¿Están dormidos?

Silencio. Entonces, se le cruzó el pensamiento de que había hablado para él mismo. De que estaba solo.

Se le encogió el corazón. Sin embargo, no se atrevió a mirar a sus compañeros que dormían en la otra punta de la barca.

Las horas transcurrían lentamente en la noche. Las olas seguían llevando todavía más lejos a la lancha. El timonel no podría dormir. Decía para sus adentros que sus compañeros debían de tener un sueño muy pesado. Quiso volver a llamarlos pero no se decidió. Entonces se puso a toser con tos seca, pero el ruido se apagó en seguida entre la madera y las olas.

El silencio pesaba cada vez más... Trató de pensar en la tierra firme, en su casa, en quienes se habían quedado preocupados con su partida. Quiso bromear para sí mismo. Pero seguía teniendo el gesto adusto y la mirada turbia.

Tuvo la sensación de oír la respiración de sus compañeros. Y, de pronto, se le iluminó el alma. Quiso volverse hacia ellos pero se lo cortó la respiración. Se estremeció. Tenso, aguzó el oído tratando de olvidarse de las olas. Entonces oyó respirar a los otros dos, que dormían juntos en la otra parte de la lancha. Se tranquilizó. Se preguntó cómo podían tener un sueño tan profundo en una noche como aquella. En derredor no veía más que las mismas sombras cansadas. Ni el rumor de las olas ni el meneo del bote lo asustaban ya. Escuchaba con el corazón en un puño la respiración de sus compañeros.

*

El frío de la madrugada le recordó que se hallaba navegando al garette por el mar. Apenas si podía moverse. Tenía la

ropa mojada y el cuerpo helado. Y los huesos le crujían con dolor.

El cielo turbio filtraba una luz mortecina sobre el mar. El agua se movía turbia, verde y espumosa. Lo único que recordaba a la tempestad era el murmullo de las profundidades.

El timonel no se atrevía a levantarse. Esperaba que el sol se derramara por el mar y despertase a sus compañeros. Se sentía cansado, agotado. Esperaba al sol como una liberación. Estaba solo. Y lo esperaba como a un ser vivo que le dijera que estaba vivo y que seguía siendo él mismo.

Observaba cómo se desvanecían las nubes y corrían hasta los confines del mar. Notó la caricia de la mañana y se estremeció.

Trató de levantarse. Hacia levante, una franja sanguinolenta le anunciaba que tenía que despertar a sus compañeros. La mañana era fresca y tranquila. El timonel notaba que se le desentumecía el cuerpo dándole nuevo vigor. Miraba pasmado el ojo rojo que se elevaba, a lo lejos, del mar. El corazón parecía querer salirse del pecho. Ya no se pudo dominar. De pronto, palpitando, dio un salto y tendió los brazos como para rezar. Pero el cansancio del cuerpo pudo con él. Se tambaleó. No se sentía los miembros como suyos, y la cabeza le pesaba. Acto seguido, se volvió hacia sus compañeros y les habló con rudeza.

De repente, se calló. La lancha estaba vacía. No entendía. Trató de pensar pero no sabía dónde buscar los pensamientos. Ni qué hacer con ellos.

Se sentó en el banco, acabado. Tenía la mirada errante y la deslizó helada por el mar, por el cielo, por la lancha... Hacía esfuerzos por despertarse, por comprender. Pero no reconocía nada, no encontraba nada en su alma. Tenía el rostro sereno y gestos reposados. Volvió a mirar el cielo con atención. Le dio la sensación de que allí había algo raro. Se esforzó por comprender, por encontrar un nombre. Una luz que le pasó por el alma lo sobresaltó. Dijo después:

—Eso es, ha salido el sol...

Y luego se quedó mirándolo, tratando de entender las palabras que había pronunciado. •

1927

MIRCEA ELIADE (Bucarest, 1907-Chicago, 1986) es el más grande ensayista rumano. Especializado en historia de las religiones, escribió una importante obra literaria, además de memorias. Con Ionesco y Cioran representó en París, a mediados del siglo xx, una corriente rumana decisiva en el pensamiento y la literatura.